

"a electra le sienta bien el luto"

NARDE, pero bien. El María Guerrero ha iniciado su temporada con un espectáculo muy considerable. Es un trabajo que, desde el propio texto de O'Neill, se presta a consideraciones e incluso dudas, pero siempre dentro de un nivel de aportaciones realmente desusado en nuestro teatro.

Ya es magnífico el que se aborde una obra, históricamente importante dentro de una determinada vertiente dramática, sin arredrarse por su longitud ni por su dureza. Retener a un público, silencioso y atento, durante cuatro horas, frente a una obra de O'Neill, es, en España, una conquista pedagógica de primerísimo orden. Si nuestra burguesía —nuestro público— sostuviera a menudo espectáculos de estas características, quizá hablaríamos de ella con un poco más de respeto.

Este, sin embargo, no es más que un juicio sociológico. Importa mucho que "A Electra le sienta bien el luto" aparezca según moldes de una gran dignidad teatral. Importa el hecho de enfrentarnos con uno de los repartos mejor pensados del moderno teatro español. Importa el largo período de trabajo responsable que uno descubre antecedendo al estreno. Importa, en suma, la "madurez" de la representación, flor rara en la escena española.

A menudo, desde esta columna, hemos expresado nuestra disconformidad con un teatro que, además de pertenecer a un solo grupo de españoles, no tiene siquiera el rigor estético que es propio del teatro burgués occidental. Aquí, además de no tener un teatro críticamente abierto y popular, resulta que tampoco tenemos un gran "teatro de arte", probablemente por el bajo nivel cultural de los estratos superiores.

La "Electra" de O'Neill, como antes algunos otros espectáculos del María Guerrero, integran la parte más amplia de ese "cuerpo de teatros de arte" que, de cuajar, significaría ya un avance en las posibilidades del teatro español. Es indudable que un público educado por este "modo de hacer teatro" rechazaría inmediatamente las zafas arbitrariedades y ligerezas de una grandísima parte de nuestro teatro comercial.

No se trata, pues, esta vez, de un texto interesante y del buen deseo que existe siempre en el hecho de representarlo. Esta vez se trata de una representación concreta, de cuatro horas de teatro puesto en pie, de un trabajo colectivo materializado, al que no hacen falta otros planos para justificarse.

Si, según la conocida idea de Jouvet, una obra bien repartida es ya una obra bien dirigida, hay que decir que el reparto de la obra de O'Neill es excelente. Todos, absolutamente todos los intérpretes, están en papeles que expresan su máxima posibilidad de creación. Incluso Julia Gutiérrez Caba, a la que en principio uno consideraría ajena a las exigencias de la Clitemnestra o'neilliana, realiza una excelente labor, apoyada, primero, en sus características de actriz y, segundo, en la existencia de un plano naturalista, de crónica, que O'Neill interfiere siempre en la estilizada concepción de tragedia que domina la obra.

Cierto que, dada la textura de la pieza, cabría escribir un largo estudio a propósito de cada personaje y del modo de ser entendido y representado por sus intérpretes. No se olvide que O'Neill ha tomado conciencia de todos los complejos que la psiquiatría había descubierto en los personajes griegos de "La Orestíada". Aquel proceso de psicologización, de humanización, que corre desde el magnífico Esquilo al magnífico Eurípides, tras pasar por el desquiciado Orestes de Alfieri, sufre ahora, en manos del norteamericano O'Neill, un arrebatado de psicopatología. Estamos ante un dramaturgo de la agonía, y todos sus personajes fundamentales, cruzados de interrogantes, viven siempre al borde del delirio. Una moral, una cultura de clase, una concepción del mundo, está revelando su insuficiencia, sus contradicciones y su desgaste. "A Electra le sienta bien el luto" está llena de pensamientos que confirman todo esto.

Los personajes son, pues, seres complejos y a menudo deformes, difíciles o imposibles de ordenar. El irracionalismo juega una baza importante y se incorpora a la representación del hombre.

Un examen de los personajes, a partir del texto y la representación del María Guerrero, da pie a preguntas de muy diverso tipo. E incluso a consideraciones sobre las arbitrariedades argumentales momentáneas, las soluciones de facilonía y mala teatralidad, o la esporádica presencia de un lenguaje coloquial que rompe y enfatiza peligrosamente el resto de la obra. De "A Electra le sienta bien el luto", probablemente se puede decir que es una obra farragosa, deforme, y dentro de su género, espléndida.

Però juzgar brevemente a O'Neill no tiene sentido. Antes de formular cualquier objeción, hay que cubrir un largo temario que estudie su valor y significación dentro del teatro de su tiempo en general y del teatro norteamericano en particular. No creo, por ejemplo, que pueda accederse al último teatro agónico —Beckett— sin respirar previamente el gran ciclo abierto por los Strindberg, Pirandello u O'Neill.

Dejo aquí constancia del gran reparto de "A Electra le sienta bien el luto": Nuria Espert, Alfredo Alcón, Julia Gutiérrez Caba, Andrés Mejuto, Manuel Gallardo, Vicente Ros, Montserrat Carulla y Miguel Ángel. A todos ellos y a José Luis Alonso, mi aplauso. Y también al Teatro Nacional María Guerrero. Tiempo habrá, espero, de volver a la obra y desmenuzar muchos puntos que no caben en esta primera impresión.

JOSE MONLEON



si uno
es bueno...
el otro
es
mejor!

SOLO
GARVEY
SUPERA A
GARVEY



GARVEY
BODEGAS DE SAN PATRICIO
JEREZ